La Experiencia Literaria

INVIERNO, 1993 • 1994

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
COLEGIO DE LETRAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

La experiencia literaria

Directora
Eugenia Revueltas

Secretario de redacción
Jaime Erasto Cortés

Consejo editorial
Arturo Souto, Jaime Cortés, Manuel de Ezcurdia,
Jorge López Páez, Marcela Palma, Eugenia Revueltas

Ayudante de redacción
Enrique Saldaña

Coordinador editorial
Eugenio Aguirre

Edición electrónica
Glypho, taller de gráfica, s.c.

DR © 1993, Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F.
Impreso y hecho en México
Registro en trámite

Sumario

Presentación 7

Polémica
El Cuento (José Luis González, Jaime Erasto Cortés, Beatriz Espejo, Ana Clavel), *Blanca de Lizaur* 11

Ensayo Monográfico
Borges y la poética del cuento fantástico, *Marcela Bueno* 19
Leonora Carrington, escritora surrealista, *Ana Rosa Domenella* 25
La fantasía: una (e)vocación en la soledad, *Marcela Palma* 35
Asalto a lo insólito en **Historias de cronopios y famas**, *Marina Martínez* 39
Lo monstruoso medieval, *Lilian von der Walde* 47
Momo, utopía y alternativa, *Mercedes Gasque* 53

Ensayo Vario
Los estragos del esplín: Julio Herrera y Reissig y la poesía francesa del siglo XIX, *Luz Aurora Pimentel* 59
Altamirano, las revistas literarias y la novela, *Blanca Estela Treviño* 67
Amores y (des)dichas en la Inquisición novohispana del siglo XVIII, *María Águeda Méndez* 71
El grito de César Vallejo, *Carmen Galindo* 81
La revolución de César Vallejo, *Hernán Lavín Cerda* 85

Creación
Pláticas junto a la estufa, *Federico Patán* 91
Un incidente navideño, *Beatriz Espejo* 95
El retorno de Urano, *Margarita Peña* 99
Hacer la América, *Eugenia Revueltas* 109
Anfisbena, *Eugenia Revueltas* 115

Investigación
Gracián y la querella entre jesuitas y jansenistas, *Claudia Ruiz* 119
El arte verbal dominante-no prestigiado y la distinción entre los diversos tipos de arte verbal, *Blanca de Lizaur* 127

Reseña
"El Quijote": cielo e infierno sin purgatorios atenuantes, *Daniel Zavala* 145
El peregrino bifronte, *Vivian Abenchuchan* 149

Índice de autores 153

La fantasía: una (e)vocación en la soledad

Marcela Palma

Desde un principio estoy jugando con el término ya que se evoca a la fantasía en la soledad –como un recurso para superarla– pero al mismo tiempo ésta, la fantasía, se convierte en una vocación permanente, invariable en ese estado consuetudinario en que viven los personajes de Amparo Dávila. No es la soledad en medio del bullicio sino el bullicio en medio de la soledad, o mejor dicho, es parte de ella misma pues el ruido, los cuchicheos, las cosas que se mueven como imágenes imperceptibles y disparejas conforman el mundo, sí ruidoso pero aislado, de hombres, mujeres y objetos de la escritora.

Todo se confunde: lo animado se aquieta; lo inmóvil camina, habla, sonríe o simplemente gesticula muecas; el espejo es un muro opaco donde se refleja; los "vivos" asisten a su entierro y un hombre se descubre a sí mismo, un día cualquiera, del brazo de su pasado. Personajes que se desdoblan, destinos que reclaman un ayer confundido con un presente incierto e inasible, hombres zoomórficos o animales hechos criaturas humanas, ojos brillantes, gritos silenciosos, voces lejanas, etc., conforman el mundo asfixiante y enloquecedor de *Muerte en el bosque*. Quizá por esto, por esa locura inexplicable –aparentemente– se le haya catalogado a Amparo Dávila como una escritora fantástica, pero es el mundo interior del hombre lo que la autora nos presenta que mucho tiene de extraño y delirante, pero –tristemente– nada de fantástico en el sentido en que la fantasía se entiende.

Empecemos desde el principio. ¿Es Amparo Dávila una escritora fantástica?

2. La muerte en el bosque narrativo de Amparo Dávila

El mundo narrativo que crea nuestra autora dista mucho de esa fantasía que nos acurrucó dulcemente en nuestra niñez, de esa fantasía de "había una vez" o "fueron felices toda la vida". Estas frases aprendidas desde siempre y que nos abrían un mundo de risas, ternura, ilusión y ficción no tienen ningún nexo con las que a cada paso, y día con día configuran el universo que habitan los personajes de Dávila: "primero fue un inmenso dolor. Un irse desgajando en el silencio", es un caminar siempre silencioso, cansado, lento hacia lo irremediable, hacia un destino que no escoge el hombre sino que el hombre es escogido por éste. "Habíamos sido elegidos y, como todos, aceptamos sin rebeldía ni violencia, pero sí con la desesperanza de lo irremediable" (p. 102) dice uno de los perso-

najes y, efectivamente, así es y así será. Cada quien cumple un destino, nace con él y como barco en medio de un mar embravecido tiene que sortear cada situación, cada circunstancia pero nunca se hunde hasta el fondo, ni toca su fin, sólo camina por ese sendero señalado en un siempre que –como sentencia bíblica– no tiene final. Se conjuga un tiempo que quizá –alguna vez– tuvo principio, el del inicio de la situación misma (situación que, como lo señalamos, el hombre no puede manejar) pero que no tiene final. La muerte la manifiesta la escritora como la fase terminal pero no se refiere a ésta como tal, no es el infierno después de esta vida lo que le interesa como en el caso de Rulfo, sino el infierno diario, ese con el que sin darnos cuenta, aprendemos a vivir de una manera natural. Es la vida cotidiana, el trabajo monótono, el amor que rápidamente se vierte y se convierte en una monotonía triste e inrredenta, pues nada puede salvar-

lo de ese tiempo que todo lo enmarca en lo cotidiano y trivial. El infierno –vida de los personajes tanto masculinos como femeninos está hecho de papeles revueltos en un cajón, de tarjetitas deshilachadas, de recuerdos –en una palabra– malolientes, tristes y mordaces porque son recuerdos que nacieron ya marchitos y añejados: recuerdos del recuerdo mismo, lo marchito sin recuerdo –al menos– de fragancia. Así, todo cuanto rodea y circunda el universo de la escritora tiene sabor de ayer sin esperanza, sin ninguna razón que lo justifique, simplemente había una vez que el hombre se encontró con su destino y del brazo se fue con él.

Es interesante observar cómo la escritora mexicana unifica a sus personajes, ya que tanto hombres como mujeres corren parejo su propio destino. Es decir, en escritoras contemporáneas a la Dávila estarían Rosario Castellanos e Inés Arredondo entre otras (Josefina Vicens ocuparía otro apartado pues su protagonista masculino tiene un destino más parecido al de la Dávila) que presentan, por lo general, mujeres apagadas y angustiadas, frente a hombres radiantes, seductores y triunfantes. En el caso de Amparo Dávila no; los acontecimientos se suceden y el "río subterráneo" que corre por debajo de la piel de cada personaje, se comparte por partes iguales entre hombres y mujeres. En este volumen de cuentos todos beben del mismo vino y la soledad, la tristeza, la abulia y el desencanto se trenzan entre ellos para unirlos sin diferencia. Los personajes huyen sin tener realmente un lugar al cual llegar, como en los cuentos "Un boleto para cualquier parte", "Muerte en el bosque"; también conocen el miedo, la intranquilidad y la angustia ante un destino indómito que como maleza carnívora los aprisiona y aplasta como en "El espejo", El huésped" y comparten la misma prisión –su cuerpo– y la misma e idéntica frustración como en "La celda" o "La quinta de las celosías". Los protagonistas en una palabra, están unidos e insertados en ese minutero insoslayable que la auto-ra denominó *Tiempo destrozado*. Pero por qué o para qué presentarnos un universo tan hostil.

3. De la fantasía al delirio

"Ya no puedo aguantar más en esta miserable jaula, no hay sitio ni para una palabra", así se expresa el personaje masculino del cuento que da título al volumen y, efectivamente, hay un cansancio interior, no sólo evidentemente exterior,

sino un cansancio que sale de dentro y envuelve plena y absolutamente a los personajes. Si nosotros hacemos un estudio de los campos semánticos que utiliza la autora éstos serían, invariablemente, todo aquello que denota muerte interior, acabamiento interno: lentitud, fatiga, angustia, dolor para, finalmente, concluir en un estatismo, también interior. Los personajes que pueblan al mundo de nuestra autora están detenidos, imantados a ese destino que, como al principio, no pueden eludir; tratan y quieren evadirlo pero son presa de su propio yo. Encerrados en sí mismos, enjaulados en un mundo íntimo tienen que llevarlo a cuestas sin poder cambiarlo: "No te culpo, Leónidas: si lo hiciste fue porque así tenía que ser... podríamos haber dado mil vueltas y llegar siempre al punto de partida" (p. 115)

Anclados a un devenir inevitable y sitiados en su epidermis cotidiana tienen que aceptar asumiéndose a sí mismos.

Lo que Amparo Dávila nos presenta es ese mundo interior que se traduce en imágenes que si bien pueden en un momento confundirse con lo fantástico, no son sino la evocación a la que se entrega el hombre ante tanta soledad; es como si de pronto el yo interno se transformara en una pantalla y por ella viéramos ese campo léxico traducido ahora en imágenes. Así, la soltería de Julia se convierte en ratas de ojos brillantes y rojos; el destino del señor Krauss es acompañado por Moisés y Gaspar, ecos de un pasado que se transmutan en animales fieles y mordaces; Carmen Camino detiene el tiempo ante ese centinela presente noche a noche y que no le recuerda más que lo ingrato de su existencia; y Jana traduce la muerte de sus padres en un hombre –monstruo silencioso y vigilante– que la persigue y aguarda minuto a minuto sin ser visto por nadie pero sí sentido o al menos presentido por ella. "La celda", "La quinta de las celosías", "El espejo" son algunos de los títulos de los cuentos y todos, una vez más, aluden a un entierro del hombre dentro de sí mismo, de su propio yo. El universo deformado de la escritora mexicana nos recuerda esas voces dolientes de las monjas de la Colonia que encerradas desde jóvenes en un convento, distorsionaban su realidad, espejo de su interior frustrado y completamente abandonado. Los demonios de colas largas o tridentes brillantes y punzantes, son en los cuentos de Amparo Dávila las figuras zoomorfas que emiten ruidos y señales, es el silencio que resuena de una voz que no ha sido pronunciada. La soledad en Amparo Dávila se transforma en una cadena de imágenes a veces inasible y/o etéreas pero, contradictoriamente, presentes y punzantes; imágenes que como humo envuelven hasta asfixiar y, lo más determinante, es que no hay otra salida; el camino señalado hay que recorrerlo hasta el final. Estas imágenes son la recreación de un mundo donde el solipsismo juega su papel estelar. Así, éstas cobran color, forma, vida y movimiento; es el recurso, el resguardo en que se cobija la autora. Es siempre mejor evocar la fantasía, tener una permanente y firme vocación por ella, que padecer tristemente una soledad sin figuras.

Para Amparo Dávila cada criatura extiende sus ramas y como árbol frondoso atrapa bajo su sombra sus propios y unívocos fantasmas. "Y había una vez" una escritora llamada Amparo que creó un bosque para dejarlo plenamente desamparado, ironía del destino que por nombre la crítica literaria denominó fantasía.